



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

AGNESE VA A MORIR

RENATA VIGANÒ

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ



errata naturae

PRIMERA PARTE

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2020
TÍTULO ORIGINAL: *Agnese va a morire*



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

© Giulio Einaudi Editore, 1949, 1972, 1994 y 2014

© de la traducción, Miguel Ros González, 2020

© Errata naturae editores, 2020

c/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-47-5

DEPÓSITO LEGAL: M-39918-2019

CÓDIGO BIC: FA

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Una tarde de septiembre, mientras volvía a casa del lavadero con un montón de ropa mojada en la carretilla, Agnese se cruzó con un soldado en el camino de la cabecera. Era un soldado joven, bajo y desharrapado. Tenía las botas rotas, y se le veían los dedos de los pies, sucios, color barro. Al mirarlo, Agnese se sintió cansada. Se detuvo y soltó los mangos de la carretilla, que pesaba mucho.

Sin embargo, al soldado le brillaban los ojos de felicidad, y le hizo el saludo militar.

—La guerra ha terminado —dijo—. Yo me vuelvo a casa, llevo muchos días de camino.

Agnese se desató el pañuelo de debajo de la barbilla, plegó las puntas sobre su cabeza y se abanicó con la mano.

—Todavía hace mucho calor. —Y, como si acabara de acordarse, añadió—: La guerra ha terminado, ya lo sé. La otra noche, cuando dieron la noticia por la radio, se emborrachó todo el mundo. —Observó la cara del soldado y

esbozó una sonrisa, tosca e inesperada en su rostro tostado por el aire—. Yo creo que aún queda lo peor —dijo de repente, con esa incredulidad resignada de los pobres, y el soldado se frotó las manos: era un muchacho muy alegre.

Agnese dobló su espalda rígida y rechoncha y volvió a coger la carretilla, pero el soldado dijo: «Permítame», y se colocó entre los mangos. Dio un tirón y la pila de colada se tambaleó, pero él recuperó el equilibrio con un: «¡Alehop!», y echó a andar a paso ligero, sin esfuerzo, empujando la rueda por un surco en la tierra.

Cuando salieron del camino entre los setos, Agnese vio a las dos hijas de Minghina en la era. Estaban dando de comer a los pollos, pero al ver al soldado pararon y se pusieron a cuchichear. La casa era vieja, necesitaba arreglos, aunque nadie hacía nada porque las dos familias no se llevaban bien. «Cosas de mujeres», decía Palita, el marido de Agnese, mientras fumaba su pipa en compañía de Augusto, el marido de Minghina. Cuando las mujeres discutían y se gritaban con voz áspera, también Augusto y Palita se miraban con mala cara y, a menudo, se insultaban.

Agnese invitó al soldado a pasar a la cocina. Palita estaba sentado en la ventana, mientras la gata, acurrucada en la alacena, como de costumbre, ronroneaba: ambos miraron para ver quién entraba; luego la gata borró sus dos rendijas verdes entre el pelaje brillante y así se quedó, cerrada y muda como una piedra.

—Los gatos negros traen buena suerte —dijo el soldado.

Aún era de día cuando se sentaron a cenar.

—Come, soldado, déjate de formalidades —dijo Palita.

Se alegraba de ver a alguien de fuera, de que le contasen las novedades. En realidad, no le dejó contar nada porque no paraba de hablar él, como les ocurre a quienes acostumbran a estar demasiado tiempo solos. Él pasaba los días sentado en el porche, o dentro de la casa, al lado de la ventana, fabricando escobas y paneras, forrando garras con mimbre. Era el único trabajo que podía hacer: de joven había estado muy enfermo. Aunque ésa, claro está, no era la vida que soñaba cuando era un muchacho y recorría treinta kilómetros al día en bicicleta para ir al colegio de la ciudad. La enfermedad lo había obligado a dejar los estudios e ingresar en un sanatorio.

—Allí me curé, según decían los médicos. Me curé todo lo que puede curarse quien padece esa enfermedad. Mi padre era campesino, esta casa era suya, y la finca también. Pero tuvimos que vender la finca, y la mitad de la casa, porque yo no podía trabajar la tierra. Seguía recorriendo muchos kilómetros en bicicleta, eso sí, para ir a hacer el amor con Agnese. —Se echó a reír: tenía la boca viva y ancha, los ojos bondadosos, y parecía mucho más joven que su mujer—. Me quiso porque tenía más estudios que los demás —añadió—. Ella era preciosa y alta, no estaba gorda como ahora, ¿me explico, soldado?

Agnese le lanzó una mirada severa, pero sus ojos reían.

—No le importa lo más mínimo —dijo, señalando al soldado—, deja de contarle tu vida.

El soldado masticaba en silencio; se notaba que tenía mucha hambre atrasada, que la traía a rastras desde sus

paradas en las acequias y debajo de los árboles, desde los secos atracones de pan que habían constituido sus comidas todos aquellos días. Parecía un poco cansado, pero contento: estaba bien, saciado, en compañía de gente de confianza y con los pies en reposo debajo de la mesa. Sabía que dentro de poco se iría a dormir. Agnese salió con el cubo para coger agua del pozo. Palita dijo, con voz afable:

—Agnese siempre ha sido muy buena. Trabaja por mí, es lavandera en el pueblo. Hace de todo para cuidarme, como si fuese un niño. De no ser por ella, no estaría vivo. —Se oyeron el chirrido de la polea, los pasos de Agnese, el sonido del agua vertida del cubo lleno. La cocina ya estaba sumida en la oscuridad. Palita se inclinó hacia el soldado: de repente se avergonzaba de no haber dejado de hablar—. Alegra esa cara, militar, la guerra ha terminado. —Quería preguntarle si su madre vivía y si estaba contento de volver a casa. Pero el soldado se había quedado dormido.

Alguien llamó a la puerta de la cocina, y Agnese apagó la lámpara y fue a abrir. Era Minghina, alterada y jadeante:

—Tiene que echar a ese soldado ahora mismo. Mis hijas me han dicho que han llegado un montón de alemanes al pueblo. Si encuentran a desertores, también se llevan a quienes los esconden.

—Déjese de historias —la interrumpió Agnese—. En mi casa entra quien yo quiera, eso no es cosa de los alemanes.

De fuera llegaba un ruido sordo de tanques, el fragor de los camiones parados con el motor encendido, y voces fuertes, ásperas como látigos.

—¿Lo oye? —dijo Minghina—. Mis hijas me han dicho que vuelve el fascismo, y a todos los que celebraron el 25 de julio¹ los mandan a Alemania. Eche a ese soldado. —Agnese se dispuso a cerrar la puerta; Minghina se lo impidió—: Van a venir, aunque la casa esté lejos del pueblo. Van a buscar por el campo. Mis hijas han estado en la sede fascista ayudando a servir el vino a los alemanes. Han vuelto a toda prisa para avisarme. Corremos un grave peligro.

Agnese se encogió de hombros.

—Sus hijas se enteran siempre de todo. Quieren mandar en casa de los demás. Váyase a dormir, que mejor será. —Apoyó su enorme cuerpo en la puerta y echó a Minghina de un empujón. Volvió a encender la lámpara y se quedó pensativa unos segundos, mirando al soldado dormido en un colchón. Sólo se había quitado la guerrera y las botas, y estaba tumbado bocabajo, inmóvil y rígido, como un muerto. La gata negra lo rondaba con paso cauto, y le lamió una llaga que tenía en el pie. Fuera oyó a Minghina, que seguía llamándola en voz baja. «¡Largo!», dijo Agnese, y la gata escapó a la habitación de al lado, donde se oía la profunda respiración de Palita.

¹ El 25 de julio de 1943, para salvar la monarquía, el rey Víctor Manuel III destituye a Mussolini y lo hace arrestar. (Todas las notas son del traductor).

En cuanto amaneció, Agnese se vistió, puso el desayuno en la mesa y despertó al soldado para decirle que se marchase enseguida, que los alemanes estaban en el pueblo. Fue a lavarse al pozo mientras Agnese le llevaba a Palita su tazón de leche caliente. La puerta que daba a la era estaba abierta: en el campo reinaba un gran silencio, un cielo blanco de septiembre, sin sol. Alguien llegó corriendo descalzo, un chiquillo que vivía algo más lejos, hacia la laguna². Sin detenerse, dijo: «Los alemanes vienen para acá».

El soldado empalideció, y se puso rápidamente la guerrera y las botas. Agnese le dio un poco de pan. «Ve por este sendero. Más adelante hay una acequia grande a los pies del terraplén, escóndete ahí y vuelve esta noche. Yo te buscaré un traje de civil».

Mientras el soldado huía a la carrera, se oyó crecer el estruendo de un motor. Un pequeño camión apareció por la cabecera y frenó en la era; varios alemanes bajaron de un salto. Estropeaban la era, el campo y el mundo con su aspecto mecánico e inhumano, con su piel, cejas y pelo, casi todos de un mismo tono descolorido, con sus ojos pequeños y crueles, opacos como el cristal sucio. Las metralletas parecían formar parte de ellos, de su propia esencia vital. Eran ocho soldados y un subteniente.

² La acción se desarrolla en la zona denominada Valles de Comacchio, que no son, sin embargo, propiamente valles, sino una serie de lagunas salobres contiguas situadas al sur de Comacchio, cerca de la costa adriática de la región de Emilia-Romaña, en el norte de Italia.

Se encaminaron a la casa. El suboficial llevaba un folio rosa en la mano.

—¿Paolo Ottavi? —preguntó, aunque el acento deformó el nombre, asemejándolo a una palabra alemana. Palita no lo entendió y se quedó en la puerta, subiéndose los pantalones—. ¡Responder! —gritó el subteniente—. ¿Dónde estar Paolo Ottavi?

—Soy yo —respondió Palita. A su espalda asomó el rostro duro y asustado de Agnese.

—¿Aquí desertores, soldados italianos? —preguntó el alemán.

Se dispuso a entrar, pero Agnese bloqueaba la puerta, así que le dio un golpecito con la culata del fusil para pasar. Miró en la cocina y la habitación mientras los soldados buscaban en el henil, el gallinero y el establo. Agnese y Palita, pegados a la pared, los seguían con la mirada. Uno se acercó a la puerta cerrada de Minghina. *Nein*, dijo el subteniente en tono seco, y el soldado volvió.

—Usted, Paolo Ottavi, venir con nosotros —sentenció al fin el alemán.

Agnese se acercó a él: era como si se hubiese despertado, caminaba con paso enérgico y resuelto, igual que cuando decidía acometer un esfuerzo insólito.

—¿Adónde lo llevan? —preguntó en tono severo—. ¿Qué les ha hecho?

—*Arbeiten*, trabajo —respondió el subteniente, dándole la espalda.

Agnese lo agarró del brazo, y él retrocedió, zafándose de un tirón.